

ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE

Para Mony:

*Que caminó conmigo incluso cuando no sabía hacia
dónde iba.*

*Sin su amor, este camino habría sido solitario.
Y sin su compañía y su aliento... quizá no me hubiera
atrevido a comenzarlo..*

Para Lobo, Maya y Mac:

*Que me enseñaron el valor del amor incondicional y de la
vida misma.*

Para quienes escuchan, más allá de los oídos,
*que recuerdan lo que creían no saber, sin saber por qué,
y que sienten que están “despertando”.*

Y para ti, que no llegaste aquí por casualidad.

*Si este libro cayó en tus manos,
no es un accidente:
es sincronicidad... es un llamado.
Es porque la sincronía hace su trabajo
cuando el alma empieza a abrir los ojos.*

*Este libro es solo un puente...
y podemos cruzarlo juntos.*

**“Cuando un sueño no acaba al despertar...
no es un sueño: es un mensaje.”**

Prólogo

Hay sueños que no se olvidan.

No por lo que muestran... sino por lo que despiertan.

Hace diecinueve años viví uno de esos sueños.

Un sueño que quebró mi lógica, mi vida y mi idea de lo que significa estar despierto.

No era creyente.

No atravesaba una crisis.

No estaba buscando nada.

No esperaba señales, ni respuestas, ni revelaciones

Y aun así, una grieta abrió el cielo para mí.

Primero fueron truenos sin nubes.

Luego, el cielo se enrolló sobre sí mismo, dejándome ver el infinito.

Después, lo imposible:

serpientes de fuego con rostros de león descendieron en silencio.

Eran presencias.

Presencias que parecían percibir lo que habíamos olvidado...

lo que cargábamos...

lo que cada uno éramos.

Y en medio de ese estruendo sin sonido, una sola palabra se susurró en mi oído con una claridad que no dejaba espacio para la duda:

“Angelismo”.

No la entendí.

No la pedí.

Pero tampoco pude ignorarla.

Tal vez... no signifique lo que crees.
Tal vez... sea algo más simple.
O quizá... más incómodo.
Más luminoso.
Tal vez sea una revelación.

Eso decídelo tú.

Ese momento marcó el inicio de un camino que nunca imaginé recorrer.

Un camino que me llevó por mitos antiguos, profecías olvidadas, textos sagrados, señales en el cielo, coincidencias imposibles y sincronicidades que desafiaban cualquier explicación.

A veces quise detenerme, pero algo —o alguien— seguía empujándome hacia adelante.

Durante mucho tiempo creí que todo esto era solo mío.

Un mensaje personal.

Un llamado privado.

Pero no era así.

Personas en distintos lugares del mundo comenzaron a describir experiencias similares:

sueños con símbolos celestes, advertencias inexplicables, sensaciones de que “algo” no está bien, destellos de una memoria que no sabían que tenían.

Como si la misma información estuviera siendo entregada de manera silenciosa, simultánea... inevitable, para ser compartida.

Y entonces lo entendí:

esto no era solo un sueño extraño.

Era un mensaje.

Y no un mensaje sobre el fin, sino sobre el despertar.

Hoy sé que aquel sueño no inició nada; simplemente iluminó un proceso que llevaba años ocurriendo en silencio

Este libro es el registro de ese proceso.
No de un milagro, sino de una revelación.
No de un sueño, sino de un llamado.
Un llamado que tardé años en aceptar,
y más tiempo aún en comprender.

Pero en el fondo —aunque no lo sabía—
este libro no es sobre mí.

Es sobre ti.
Sobre nosotros.
Sobre lo que fuimos,
lo que somos,
y lo que estamos a punto de recordar.

Porque no hay grupo sin unidad,
y toda unidad comienza en uno.

Quizá estés más cerca de ese mensaje de lo que imaginas.
Quizá este libro no vino a contarte algo.
Quizá vino a despertarte algo.

Si estás leyendo estas líneas, tal vez sea porque algo dentro de ti
también lo sospecha:
que no estamos aquí solo para sobrevivir,
que hay ciclos que se repiten,
que los velos se rasgan cuando la conciencia lo permite,
y que el despertar no es un destino: es un recuerdo.

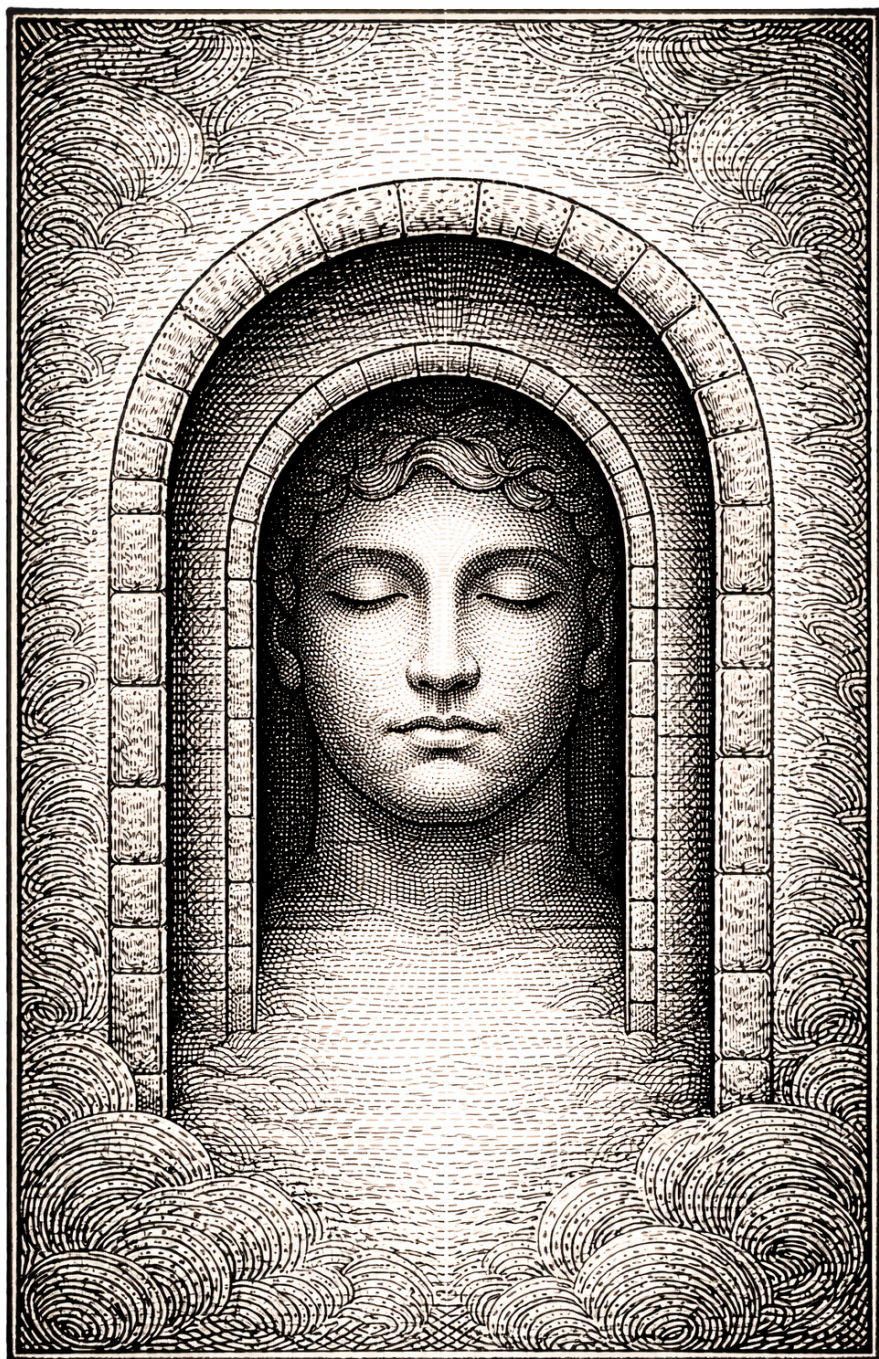
Si has llegado hasta aquí, no ha sido por casualidad.
Porque eso que intuyes... es mucho más real de lo que crees.

La batalla ya inició.
Y... no es afuera.
Es dentro de cada uno de nosotros.

Y por eso —igual que yo— has sido llamado.

Este es el testimonio de mi llamado.
El tuyo podría estar comenzando.

Así que... Que vas a hacer?



1.- EL SUEÑO

En el año 2006, un año y medio después de haber establecido nuestro hogar en San Diego, California, y tras un par de mudanzas previas, nos encontramos viviendo en Imperial Beach, una típica zona del sur de California. Llegamos ahí casi por milagro y gracias a la ayuda de un gran amigo. En ese momento no lo sabíamos, pero esa decisión terminaría siendo algo más que un simple cambio de domicilio, y sería el lugar donde todo iniciaría.

Aquella elección nos acercó a varias de nuestras metas, y una de ellas era estar cerca del mar. Veníamos de la Ciudad de México, donde el ritmo cotidiano rara vez concede tregua. El océano ofrecía otra forma de respirar, otra manera de habitar el tiempo. Para nosotros, aquello era el paraíso.

La nueva casa estaba bien ubicada. Era de una sola planta, pero, tenía lo más importante para nosotros: Un patio grande para nuestro perro... Un Alaska Malamute llamado “LOBO”.

A unas cuantas cuadras se extendía el mar, y en menos de cinco minutos llegábamos a nuestra oficina. Todo funcionaba. Todo fluía. Todo era perfecto. Nada parecía fuera de lugar.

Mas, un día, sin previo aviso, mi cuerpo comenzó a fallar.

Al principio pensé que se trataba de una gripe común, pero pronto llegaron dolores musculares y óseos intensos, distintos a cualquier cosa que hubiera sentido antes. La fatiga se volvió abrumadora. Pasé cerca de un mes en cama, entre medicamentos, descanso forzado y una sensación persistente de fragilidad.

Durante ese tiempo, mi esposa, Mónica, continuó atendiendo el negocio por las mañanas, y yo me quedaba en casa, intentando recuperar fuerzas, acompañado por nuestro fiel amigo, LOBO. Su

enorme presencia llenaba los espacios de vida y, de algún modo, sostenía mis días.

Con el paso del tiempo comencé a mejorar y, lentamente, la normalidad fue regresando. Creí que todo volvía a su cauce... pero... no fué así.

A los pocos días, en una mañana cualquiera, desperté con el sol entrando suavemente por la persiana. La habitación estaba en silencio. Mony dormía a mi lado, así que me levanté con mucho cuidado. Me bañé y seguí la rutina de siempre. Preparé café y el delicioso aroma se expandió por la cocina. Tomé un sorbo mientras la mañana avanzaba sin sobresaltos.

Me vestí, tomé las llaves del auto y salí de casa.

El aire era fresco y los pájaros trinaban mientras el vecindario despertaba. Subí al auto y emprendí el camino hacia el trabajo. Tomé la autopista y el tráfico fluía, aunque un auto rojo, casi me golpea. Lo conducía una Señora de avanzada edad. Manejaba zigzagueando y llevaba el ceño fruncido, como si fuera discutiendo con el mundo. Al llegar al downtown, los semáforos marcaban el ritmo habitual. Parecía que sería un muy buen día.

Di la vuelta en la esquina donde se encontraba el edificio de oficinas y, de manera poco habitual, encontré un espacio libre en la acera, justo enfrente de la entrada. Me estacioné, bajé del auto y crucé la calle.

El edificio lucía imponente, se erguía como un ostentoso monumento al poder. Reflejando la luz del sol en su majestuosa fachada de espejo azul.

Entré al edificio con paso acelerado.

El lobby estaba como siempre. Amplio, silencioso, con la luz entrando por los ventanales altos. La gente caminaba con mucha prisa, cada quien concentrado en lo suyo. Nadie se detenía. Nadie

miraba a nadie. *Hace falta un poco de cortesía*, pensé para mí mismo.

Pasé junto al mostrador de recepción, pero no había nadie ahí.

Al fondo, los elevadores ejecutivos esperaban. Caminé hacia ellos sin pensar demasiado, y el eco de mis pasos sonaban sobre el frío mármol, iba concentrado en llegar, en subir, en seguir con el día. Todo estaba en su lugar. Todo parecía sincronizado.

Entonces, el silencio se quebró.

Un estruendo seco y poderoso sacudió todo el espacio. El sonido atravesó el edificio como un golpe súbito, reverberando por todo lo alto y ancho de la enorme recepción. Por un instante me asusté y pensé que había sido una explosión, porque el cielo estaba despejado y no había señales de tormenta. No podía ser un trueno... el ruido no encajaba con esa calma.

Antes de que pudiera entenderlo, un segundo estruendo retumbó con más fuerza. El sonido pareció venir de todas partes. Los ventanales vibraron y, por el sobresalto, cerré los ojos con fuerza. Intenté abrirllos, y creí que no podía hacerlo, pero no era así: es que todo estaba en completa oscuridad.

Cuando mis ojos comenzaron a acostumbrarse a la luz, me percaté de que estaba despertando de un sueño.

Me incorporé sobresaltado en la cama, con la respiración agitada. La habitación estaba en silencio. Giré la cabeza hacia mi esposa, y la desperté tomándola de la mano para contarle el sueño, intentando no perder ningún detalle. Todo se había sentido demasiado real.

Poco después, el día retomó su curso. El baño caliente terminó de despertarme, el café volvió a servirse, mi traje estaba listo. El olor del jardín entraba por la ventana. Todo parecía normal.

Tomé las llaves de mi auto de la repisa, y salí de nuevo.

El trayecto se repitió. El tráfico matutino. Los semáforos sincronizados. Pero me llamó poderosamente la atención reconocer el mismo auto rojo, conducido por la misma señora refunfuñona que manoteaba para cambiar de carril. Cuando lo hizo de repente y casi me golpea con su auto. En la esquina, la misma pareja paseaba a su perro, un Alaska Malamute muy parecido al nuestro. Y al dar la vuelta en la esquina del edificio de oficinas, encontré el mismo espacio libre para estacionar.

Bajé del auto y miré el edificio frente a mí. Por un instante levanté la vista hacia el cielo azul, esperando algo que no sabía qué era.

Entré al lobby apresurado y, curiosamente, la escena era la misma. La prisa. El silencio. El mostrador vacío. Caminé hacia los elevadores y, mientras lo hacía, un pensamiento cruzó fugazmente por mi mente.

—El trueno... —alcancé a murmurar en voz baja.

Un segundo después, el estruendo estalló en el cielo, haciendo que mi marcha se detuviera súbitamente en medio del lobby. Volteé la mirada hacia los ventanales, donde se podía apreciar un inmenso cielo azul.

En ese momento llegó la segunda explosión.

El sonido sacudió los ventanales, recorrió el espacio y me atravesó por completo.

No supe qué pensar.

No supe qué hacer.





2.- LA GRIETA EN EL CIELO

Me incorporé en la cama de golpe, con la respiración agitada. Todo parecía estar en su lugar.

Miré a mi esposa, quien continuaba dormida a mi lado. Sentí el impulso inmediato de despertarla y contarle algo, aunque no lograba precisar con claridad qué era lo que había ocurrido. La familiaridad de ese bucle me resultaba confusa. Era como si un recuerdo se me escapara justo cuando intentaba aferrarme a él.

Después de platicarle, sin muchos detalles, lo que creía haber soñado, me levanté de la cama.

Y el día comenzó... nuevamente.

El desayuno, la taza de café aromático mezclado junto a los olores del jardín, el mismo traje azul... la misma sensación. Todo transcurría con una familiaridad inquietante, una rutina que se desplegaba sin sobresaltos, pero cargada de una extraña sensación de déjà vu, como si ya hubiera sido vivida.

Busqué en la repisa del comedor, tomé las llaves del auto y salí de casa.

Mientras avanzaba, algo empezó a desacomodarse suavemente en mi interior. No era miedo, tampoco confusión; era una sospecha leve, una incomodidad difícil de nombrar. El entorno parecía correcto, pero no lograba sentirlo del todo propio.

Al sentarme frente al volante, esa sensación se intensificó. Observé el interior del vehículo con atención. Algo no encajaba. No podía decir con certeza qué era, pero nuestro auto... no lograba reconocerlo del todo.

Respiré profundo y decidí seguir adelante. Tal vez solo estaba cansado. Tal vez mi mente aún no terminaba de acomodarse al día.

La rutina continuó.

Tomé la ruta hacia mi oficina, y al entrar al Freeway...de pronto, ese auto rojo zigzagueando con indecisión y que casi me golpea. Volteé a ver al conductor con molestia, solo para descubrir a esa misma señora de edad, manoteando y refunfuñando. Además, esta vez noté otros vehículos y conductores que parecían mantener posiciones demasiado precisas en mi camino. La misma canción sonó en la radio. Las aves volaban en parvada a un costado de la autopista, en su singular formación en “V”. Al adentrarme en la ciudad, la misma pareja caminando con su imponente Alaska Malamute. Y, casi sin sorprenderme, al doblar la esquina, encontré disponible el mismo espacio en la acera para estacionarme, justo enfrente de mi edificio.

Fue entonces cuando algo cambió.

La repetición dejó de ser casual.
La coincidencia se volvió insistente.

Mi atención se agudizó. La rutina, tan conocida, empezaba a mostrar pequeñas fisuras. Mis pasos no eran exactamente los que acostumbraba en mis mañanas habituales. Yo no solía salir solo; Momy siempre iba conmigo a la oficina.

Y entonces lo sentí con claridad.

El auto que conducía... no era el mío.

La ruta no coincidía con mi trayecto habitual. Y mi supuesto lugar de trabajo... tampoco lo era.

Mi oficina junto a la playa, había desaparecido. En su lugar se alzaba un edificio alto, imponente, en pleno corazón de la ciudad.

A medida que avanzaba, los detalles erróneos se desplegaban ante mí como destellos de irrealidad. Algo dentro de mí comenzaba a entender, aunque todavía sin palabras. Me anticipaba a cada

movimiento, como si mi mente hubiera ensayado previamente cada escena.

Y de pronto, lo recordé!

Los extraños estruendos en el cielo.

Esa memoria emergió con fuerza y, con ella, una decisión clara: en lugar de adentrarme en el edificio de oficinas, me quedaría en la calle para buscar el origen de aquellos sonidos.

Descendí del auto y levanté la mirada. El cielo estaba completamente despejado. No había nubes ni señales de tormenta que justificaran lo que estaba a punto de ocurrir. Me alejé unos pasos del edificio, hasta llegar a la esquina donde ya no cubría el cielo.

Las calles parecían suspendidas en una quietud antinatural. Las personas permanecían inmóviles, congeladas en medio de su andar cotidiano.

Mientras observaba aquella inmovilidad, el primer estruendo resonó.

Fue un rugido profundo, vibrante, que sacudió el aire. Me encogí instintivamente, esperando alguna reacción a mi alrededor. Pero nada ocurrió. Nadie pareció escucharlo. Nadie se inmutó ante aquel sonido brutal. Las figuras humanas seguían inmóviles, ajenas a la furia sonora que retumbaba en el cielo.

El segundo trueno llegó sin aviso. Aunque lo esperaba, su impacto fue igual de contundente. Seguí el sonido con la mirada, buscando su origen.

Y entonces lo vi.

Un par de grietas aparecieron en el firmamento, como cicatrices que atravesaban el azul del cielo. Eran líneas delgadas, apenas perceptibles, de un tono más pálido. Me quedé observándolas, fascinado.

Las líneas dibujaban una figura.
Una “U-Ve”.

Antes de que pudiera procesarlo, un tercer estruendo estalló con una fuerza mayor, como el tañido de una campana cósmica. Al mismo tiempo, una tercera grieta emergió, conectándose con las dos primeras, completando un triángulo perfecto en el cielo. Un triángulo inmenso, imposible, suspendido sobre nosotros.

Dentro de él, el azul del cielo comenzó a licuarse, a enrollarse sobre sí mismo... hasta desvanecerse.

El cielo dentro de aquel triángulo se volvió negro, contrastando con el pálido azul del claro día.

En esa negrura cósmica, las estrellas aparecieron a plena luz del día. Puntos de luz vibrantes que comenzaron a moverse, a danzar, trazando geometrías imposibles: triángulos, círculos concéntricos, líneas elegantes entrelazadas en una coreografía silenciosa que formaba un extraño símbolo dentro del triángulo.

Como diseñador gráfico, intenté encontrar algún referente. No lo tenía. Aquel símbolo era tan preciso como ajeno a mi conocimiento, completamente desconocido para mí.

Finalmente, cuando las estrellas se ordenaron formando un jeroglífico cósmico, el cielo volvió a transformarse.

Desde el interior del triángulo comenzó a descender una lluvia de estrellas. No caían como meteoros. Su movimiento era ondulante, serpenteante, casi orgánico, como bolas de fuego. Eran miles, descendiendo en un ballet silencioso.

Abajo, en la calle, nadie parecía notarlo.

Solo algunas pocas miradas, como la mía, se alzaban al cielo, compartiendo el asombro sin palabras. No podíamos hablar. Pero cruzábamos miradas y al verlos... algo familiar sentía en ellos, a pesar de ser auténticos desconocidos para mí.

A medida que descendían, sus formas se definían con claridad. Y fue entonces cuando el asombro se volvió desconcierto: aquellas estrellas tenían rostro. Cabezas de león emergían en el frente de cada figura luminosa, mientras sus cuerpos serpentinos dejaban un rastro de fuego en el aire.

Al acercarse a las personas, ocurría algo aún más extraño. Las serpientes se transformaban. Sus rostros leoninos se desdibujaban, adoptando semblantes humanos. Volaban sobre las cabezas, olfateando la coronilla de cada uno, como si examinaran algo invisible.

Una de ellas se acercó a mí.

Al posarse sobre mi cabeza, su forma cambió por completo. Su rostro se volvió humano, sereno, hermoso. Sin mover los labios, su voz resonó dentro de mí, clara y suave:

—Angelismo.- Susurró.

La palabra vibró en mi interior como una melodía imposible de olvidar.

Entonces... desperté.

Por tercera vez, me incorporé bruscamente en la cama. Desperté a Mony y le conté lo ocurrido, tal como lo había hecho antes. Mientras hablaba, una idea insistente se instaló en mi mente:

¿Y... si aún sigo soñando?

Acepté esa posibilidad sin resistencia y decidí ver qué sucedía. Me levanté y comencé, una vez más, mi rutina matutina.

Pero esta vez, algo era distinto.

Había pequeñas variaciones. Mony se levantó conmigo. Nos preparamos para ir juntos a la oficina. Desayunamos juntos. El atuendo que elegí no fue el mismo. Y al salir de casa, reconocí nuestro auto. Esta vez, sí era el nuestro.

La ruta que tomamos, difería completamente de la vivida repetidamente en ese bucle, y en esta ocasión, si llegamos a lo que reconocí como nuestra oficina, dejándome la certeza de que esta vez... si estaba despierto.

El día avanzó con aparente normalidad.

Pero el eco de aquella noche persistía.

Algo había cambiado.

No afuera.

Sino dentro de mí.





3.- ANGELISMO

El tiempo fluía sin urgencia, envuelto en una cualidad onírica que parecía extenderse más allá del sueño mismo. La simbología de aquella experiencia regresaba una y otra vez, como un eco persistente: el símbolo de formas geométricas suspendido en el cielo, las serpientes ardientes de aspecto leonino y aquella palabra extraña, casi incómoda, que no lograba abandonar mi mente: *Angelismo*.

No pensaba en ello todo el tiempo, pero sí... estaba ahí. Como una presencia silenciosa que se dejaba sentir en los momentos más inesperados.

Las semanas avanzaron así, deslizándose sobre el reloj de mi vida, mientras yo continuaba —sin darme cuenta— buscando sentido a ese extraño sueño. Hasta que, una mañana cualquiera, algo nuevo irrumpió en la rutina: el teléfono sonó.

Era uno de mis tíos. No hablábamos con frecuencia y, siendo honesto, siempre había tenido la sensación de no resultarle del todo simpático. Su tono fue seco; su mensaje, breve, casi mecánico. Me llamó únicamente para transmitirme un recado de mi madre: había enviado desde la Ciudad de México dos libros para mí y debía pasar a recogerlos a su casa.

Colgué con una sensación difícil de nombrar.

Nunca antes mi madre me había enviado libros. De hecho, sabía bien que la lectura no ocupaba un lugar central en mi vida. Aquello, por sí solo, ya resultaba extraño.

Días después me programé y pasé a recogerlos. Al tenerlos finalmente en mis manos, la extrañeza se intensificó. Observé los títulos con atención, uno a uno, y fue como si mi madre supiera exactamente lo que yo estaba buscando, aun sin saberlo.

Magia con Ángeles (Cómo dialogar con los seres celestiales y vivir bajo su protección), de Orus de la Cruz.

Y un segundo volumen, más delgado: *Cómo contactar con tu Ángel Guardián*, sin autor visible, editado por la editorial *Época*.

No era el contenido —porque en realidad no sabía de qué trataban—.

Era el momento.

Era la coincidencia.

Era la sensación de que aquellos libros habían llegado fuera de tiempo y, al mismo tiempo, exactamente cuando debían.

Llamé a mi madre esa misma noche. Le pregunté por qué los había enviado. Su respuesta fue sencilla, casi desarmante: los vio en una librería, pensó en mí y decidió comprarlos y enviarlos. Nada más.

Colgué sin insistir. Sin embargo, la explicación no terminaba de encajar. Había algo más, algo que no alcanzaba a formular, pero que se hacía presente como una intuición persistente.

Durante varios días, los libros permanecieron cerrados. Estaban ahí, visibles, pero intactos. Yo los observaba de reojo, como se mira algo que aún no está listo para ser tocado.

Mientras tanto, el símbolo del sueño seguía regresando. Temiendo olvidar sus formas, decidí dibujarlo: trazos simples, líneas que buscaban fijar en el papel aquello que aún no lograba comprender. La palabra *Angelismo* continuaba sin explicación, sin definición, como una pieza suelta de un rompecabezas a la que no le encontraba lugar.

Hasta que una tarde, sin mayor ceremonia, tomé el libro más delgado y comencé a hojearlo al azar.

No buscaba una respuesta concreta. Más bien seguí la lógica del *I Ching*, ese antiguo oráculo que no responde desde la razón, sino desde la sincronía: formulas la pregunta y, al abrir el texto, lo primero que lees se convierte en la respuesta.

En silencio, pedí claridad.

Abrí el libro y mis ojos se detuvieron en la primera página. La introducción comenzaba con una pregunta directa, casi personal:

¿Cuál es el Ángel que te protege?

No avancé más. Pasé la página, dejando que las palabras encontraran su lugar sin forzarlas. Allí leí:

“Los Ángeles buscan una entrada en nuestra conciencia a través de nuestros pensamientos y sueños; es hora de que les abras la puerta.”

Sentí un ligero estremecimiento.

Tomé entonces el otro libro. Lo abrí con rapidez, hojeándolo al azar, hasta que, sin saber por qué, me detuve en la página quince. El texto parecía aguardarme:

“Esto fue lo que me dijo el Ángel: no importa cómo me manifieste, cómo sea mi cuerpo o cuál sea mi voz; tú sabrás reconocerme.”

Cerré el libro despacio.

No sentí euforia.

Tampoco miedo.

Solo una certeza silenciosa de que algo estaba ocurriendo fuera de los márgenes de lo habitual.

En los días siguientes leí ambos libros con atención. Subrayé frases, doblé esquinas, volví atrás. Sin embargo, a pesar de lo sugerente de sus páginas, ninguno ofrecía una explicación directa sobre el símbolo del sueño ni sobre la palabra *Angelismo*.

Y, curiosamente, eso no me frustró.

Comprendí que aquello no era un rompecabezas que pudiera resolverse de una sola vez. Las respuestas no llegarían completas. Tendrían que hacerlo por fragmentos.

Pensé entonces en Bumblebee, el personaje de *Transformers*, que tras perder su voz solo podía comunicarse a través de fragmentos de canciones que salían de su radio. Mensajes incompletos que exigían ser unidos, interpretados y comprendidos en conjunto.

Tal vez —pensé— así funcionaban también estos mensajes.

Con el paso de los días, algo se volvió claro: los ángeles comenzaron a aparecer en mi vida. No como voces ni como presencias visibles, sino como conceptos, símbolos, lecturas y referencias que se abrían paso de manera natural, integrándose al misterio que estaba viviendo.

Tiempo después, mientras recorríamos una tienda que solíamos visitar Mony y yo —un lugar lleno de aromas, aceites esenciales e inciensos—, un libro llamó mi atención desde un estante. No fue el color ni el diseño. Fue el título:

ANGELORUM

No era *Angelismo*, pero algo en mi interior se activó de inmediato. Lo tomé sin pensarlo demasiado y lo compré.

Al leerlo, descubrí que su autora, Migene González-Wippler, relataba una experiencia sorprendentemente similar a la mía. El título del libro no había sido una elección racional; la palabra había llegado a su mente de forma espontánea, impulsándola a investigar su origen.

Esa búsqueda la llevó hasta la Universidad de Fordham, donde un sacerdote especializado en latín le explicó que *Angelorum* significaba: **“Sobre los ángeles”** o **“Todo lo referente a los ángeles.”**

Aquella historia encendió algo en mí.

Si ella había seguido la pista de una palabra recibida sin explicación...

¿por qué yo no haría lo mismo?

Esa misma noche inicié una búsqueda en línea. Tecleé *Angelismo* sin demasiada expectativa. En aquellos tiempos, la palabra no aparecía en ninguna búsqueda. Tras varios intentos fallidos, finalmente encontré un artículo en un portal de exploración católica.

Leí con atención.

Marshall McLuhan y Bruce Powers hablaban del “hombre desencarnado”, de la **deshumanización** que ocurre cuando el ser humano pierde contacto con su cuerpo y con su experiencia física. A ese fenómeno lo llamaban:

Angelismo.

Me quedé inmóvil.

No era una metáfora.

No era una invención.

No era una palabra vacía.

Era un concepto real, profundo, preciso.

Y esa misma palabra había aparecido en mi sueño, pronunciada dentro de un triángulo cósmico, por seres que no parecían humanos.

Hasta ese momento, *Angelismo* había sido solo una palabra.

Supuse que podría encontrar varios significados, pero decidí que, por sincronicidad, el primero que llegara a mí sería el que regiría el contexto.

Descubrir que existía —y que su significado era tan potente— me dejó en un estado de asombro silencioso.

Angelismo.

Una palabra real.

Asociada —según descubrí— a una idea inquietante:
la deshumanización del hombre.





4.- GUERRA EN LOS CIELOS

Finalmente, uno de los enigmas había sido revelado.

Y, aun así, lejos de traer calma, esa revelación abrió un umbral nuevo.

Recuerdo el instante exacto en que tomé el libro de Migene González-Wippler entre las manos con una sensación distinta. Ya no era curiosidad. Era una necesidad difícil de explicar. Algo dentro de mí sabía que ahí había una llave, aunque todavía no entendía de qué cerradura.

Migene, divide su libro en cuatro partes.

La segunda lleva por título **“Guerra en el Cielo”**, un pasaje atribuido al libro de *Megadriel*, donde se relata la lucha entre los Ángeles fieles y los Ángeles rebeldes por el Trono de Dios.

Desde las primeras líneas sentí que no estaba leyendo una historia lejana. Había una densidad extraña en las palabras, como si cada párrafo arrastrara una resonancia que no provenía solo del texto, sino de algo previo, ya vivido.

El relato describe cómo el Dios creador ordena a su arquí-estratega divino, **Miguel**, que planea la defensa de **Araboth**.

“Y Miguel, junto con los grandes Arcángeles Rafael, Gabriel y Uriel —jefes de las huestes celestiales— convocaron a los capitanes de los ejércitos divinos para proteger los Siete Cielos del ataque de Kasbel y su ejército.”

Mientras avanzaba en la lectura, mi mente comenzaba a poblarse de imágenes. No las estaba inventando; se formaban solas, con una claridad inquietante.

El texto relata que el poder de Kasbel era tal que logró atravesar, junto con sus huestes rebeldes, los portales de los primeros seis Cielos. No fue una incursión furtiva: fue un avance imparable. Kasbel llegó triunfante ante los portales de **Araboth**, donde ya lo esperaban las Huestes Celestiales.

La batalla fue descrita como apoteósica. Ángeles fieles y rebeldes chocaron en una confrontación de proporciones imposibles de medir. El tercer encuentro fue tan devastador que **Anapiel**, guardián de los palacios de los Siete Cielos, pidió a Miguel que concluyera la batalla, temiendo que las paredes de cristal de Araboth se quebraran y los Siete Palacios quedaran expuestos.

Mientras leía, sentía que la escena se expandía. No podía abarcarla completa. Era demasiado vasta incluso para la imaginación. No había un solo frente ni un solo punto de observación. Todo ocurría a la vez.

Antes del siguiente movimiento, el texto parecía contener la respiración.

El Arcángel **Gabriel** fue el primero en vestir su armadura. Cuando su voz —descrita como *Trueno*— resonó, no fue solo un sonido. Era una vibración que atravesaba todo. El terror se extendió por igual entre fieles y rebeldes, como una onda que no distinguía bandos.

Luego apareció **Uriel**.

El relato lo nombra como el gran Serafín y Querubín cuyo nombre significa “*Fuego de Dios*”, guardián del Trueno y del terror. Al descender, su forma se transformó en **Serpiente de Fuego**. No fue una caída suave ni ordenada: fue un descenso fulminante. Miles de ángeles rebeldes, envueltos en llamas y pavor, cayeron con él al abismo sin fondo de las tinieblas.

Tuve que detener la lectura un instante.

Las imágenes del sueño regresaron con una fuerza inesperada.
El fuego.
La forma serpentina.
El estruendo que no parecía venir solo del cielo, sino de todas partes.

La Guerra en el Cielo continuaba.

Miguel, el gran Serafín y arquí-estratega divino, ordenaba a los capitanes celestiales hacer sonar las trompetas de guerra. El sonido no anunciaba únicamente combate: era una declaración irrevocable.

El texto describe su descenso como el de un bólido de fuego que arrasaba a su paso a miles de ángeles rebeldes.

Gabriel descendía junto a él, sembrando pánico entre las huestes.

Uriel volvía a manifestarse como Serpiente de Fuego.

Y **Rafael**, el gran Querubín y Príncipe del Sol, descendía con ellos. Su luz no iluminaba: cegaba. Encandilaba a los contrincantes del Señor hasta volverlos incapaces de sostener la mirada.

Kasbel, al escuchar el sonido incesante de las trompetas provenientes de las alturas, alzó la mirada al firmamento. Lo que vio no fue una formación ordenada, sino una avalancha celestial descendiendo sobre su cabeza, comandada por Miguel, Gabriel, Uriel y Rafael.

El terror se propagó entre los ángeles rebeldes como un colapso interno.

Cuando cerré el libro por un momento, el silencio que siguió fue tan elocuente como la batalla misma. Sentí un estremecimiento, como si hubiera estado presente en ella, reconociendo imágenes que resonaban con algo que llevaba tiempo buscando.

La detallada descripción de la **Guerra en el Cielo** me permitió revivir, por instantes, las imágenes del sueño: los truenos,

las serpientes de fuego descendiendo,
la sensación de estar presenciando algo inmenso.

La pregunta emergió sin que yo la buscara:

¿Eran... Ángeles lo que ví en mi sueño?

Ángeles.

Sus nombres, sus jerarquías, las historias y el folclore que los rodeaban comenzaron a alinearse en mi mente. Las piezas estaban ahí, visibles, pero aún no terminaban de encajar.

Siguiendo mi lógica, el siguiente paso fue profundizar. Continué sumergiéndome en el libro y, en una de sus páginas, reconocí por primera vez los trazos que recordaba haber visto dentro del triángulo en el cielo: aquel símbolo astral que había dibujado para no olvidarlo.

Ahí comprendí algo esencial.

Aunque no todos los trazos coincidían exactamente con los del **Triángulo Cósmico**, había similitudes claras con las formas que recordaba del cielo. Cuatro variantes de lo que se conoce como **alfabeto angélico**, sorprendentemente cercano al hebreo.

Esa observación despertó una curiosidad profunda. Investigando más, llegué al conocimiento del **lenguaje enochiano**, considerado el idioma de los Ángeles. Su origen se atribuye a **John Dee** y **Edward Kelley**, quienes afirmaron haber recibido esos símbolos durante comunicaciones con entidades espirituales. A esos signos se les llamó **sigilos angélicos**: la firma de los Ángeles.

El hallazgo me entusiasmó de tal manera que, casi de inmediato, con una mezcla de expectativa y nerviosismo, escribí en mi ordenador:

“Sigilos angélicos”.

Y entonces ocurrió.

En la pantalla aparecieron varios símbolos y, entre ellos, el que buscaba.

No uno parecido.

No una interpretación aproximada.

Era el mismo.

El que había visto en el sueño.

El mismo que había dibujado para no olvidar.

Comprendí que lo que había visto en el cielo no eran solo formas geométricas abstractas, sino un **sigilo**. Una firma. Un nombre.

URIEL.

Hasta ese momento, el nombre Uriel nunca había formado parte de mi mundo consciente. Pero ahora, su significado y su historia comenzaban a desplegarse con una coherencia inquietante.

Uriel...

uno de los siete arcángeles más poderosos del cielo.

El gran Serafín y Querubín cuyo nombre significa “*Fuego de Dios*”.

Guardián del Trueno,

capaz de manifestarse como **Serpiente de Fuego**.

Un destello de comprensión atravesó la neblina.

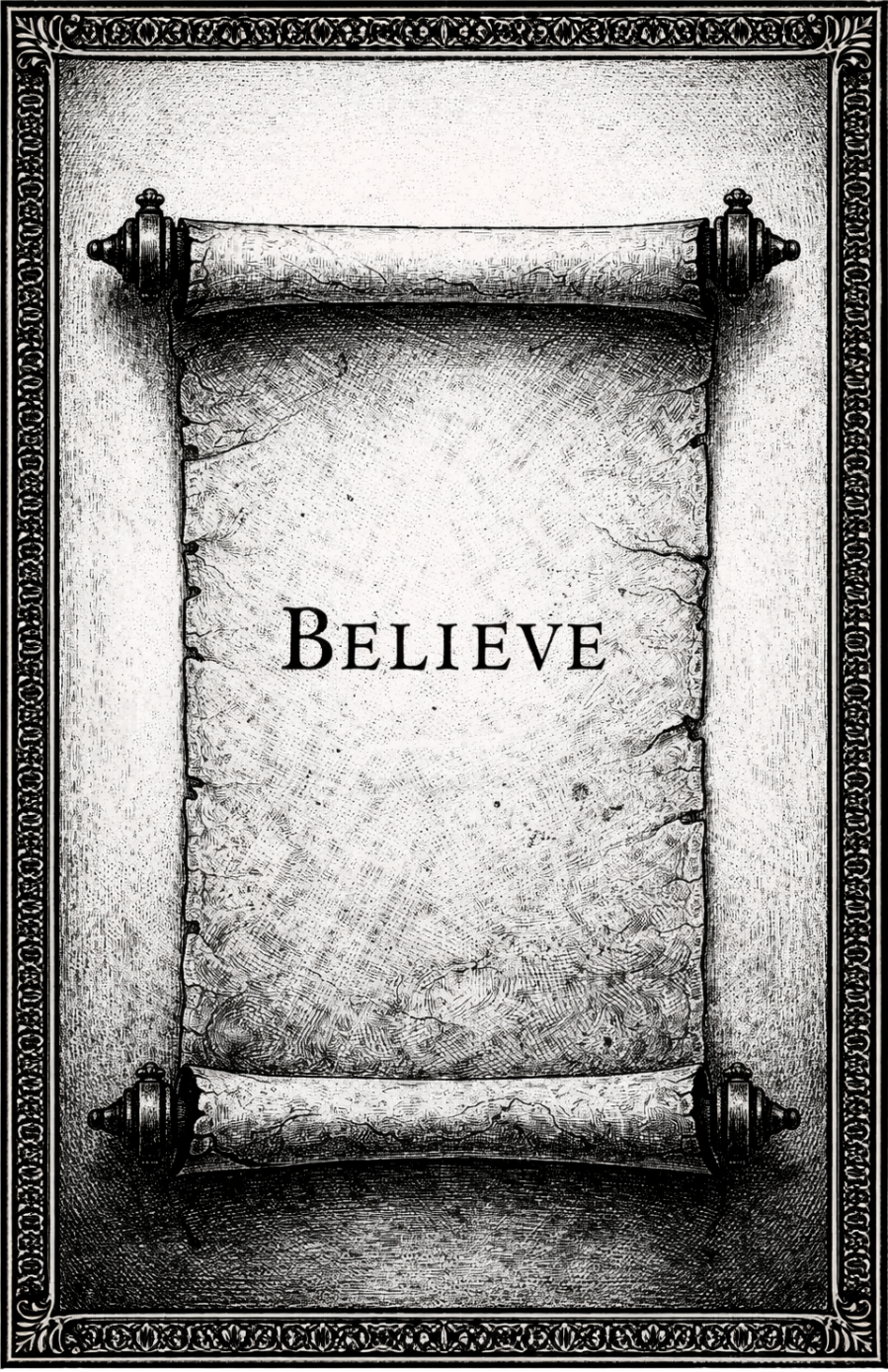
El símbolo que resonaba con la palabra **Angelismo** había encontrado su origen.

Todo encajaba.

URIEL era el símbolo.

Y el símbolo... era el Sigilo de Uriel.





The image features a detailed black and white illustration of a scroll. The scroll is unrolled, showing a textured surface with some wear and tear along the edges. It is held open by four decorative, ornate rollers or finials, two at the top and two at the bottom. The word "BELIEVE" is written in a large, serif, all-caps font in the center of the scroll. The entire scroll is framed by a wide, decorative border with a repeating geometric pattern. The background within the border is a light, textured surface.

BELIEVE

5.- LA RESPUESTA

Las imágenes de mi experiencia onírica, tan intensas y envolventes como un viaje con psicotrópicos, comenzaron a encontrar una extraña coherencia con mi realidad cotidiana. Ya no parecían fragmentos inconexos de un sueño, sino piezas de un rompecabezas que, poco a poco, empezaban a encajar.

Sin embargo, mi naturaleza terrenal —atada hasta entonces a los hilos de lo mundano— se resistía a aceptar la posibilidad de haber recibido una comunicación de origen celestial. Esa resistencia me empujaba a un cuestionamiento constante, casi obsesivo, sobre la autenticidad de lo vivido.

La pregunta resonaba sin descanso en mi mente, hasta volverse perturbadora:

¿Por qué yo?

A medida que mi incredulidad se transformaba en frustración, mi amada esposa, Mónica, no dejaba de invitarme a observar el suceso desde una perspectiva distinta. A lo largo de nuestros más de treinta años juntos, ella me había demostrado una sensibilidad especial para percibir realidades sutiles, energéticas, difíciles de explicar con palabras.

Mónica también compartía mi desconcierto, pero lo hacía desde una apertura serena. Su paciencia —como un faro firme en medio de la tormenta de mi escepticismo— me recordaba que lo inexplicable no es necesariamente inexistente. Ella no intentaba convencerme; simplemente sostenía el espacio para que yo pudiera mirar más allá de mis propios límites.

Era, al mismo tiempo, voz de razón e intuición. Me sugería que tal vez aquel sueño no me pertenecía solo a mí, sino que representaba una puerta entre dimensiones, una invitación silenciosa a descubrir una verdad con implicaciones más profundas para nuestras vidas.

Así, entre mis dudas y su firmeza tranquila, mi historia comenzaba a tomar forma, guiada por la sensación creciente de que el cosmos había conspirado para revelarme algo mucho más grande de lo que mi mente, todavía condicionada, podía comprender.

Una mañana más, inmerso en el vaivén habitual de las responsabilidades de nuestro negocio, mi cuerpo estaba presente frente al escritorio, pero mi mente seguía atrapada en las preguntas que no me daban tregua:

¿Por qué yo?

¿Quién eres?

¿Eres acaso Uriel?

Mi conciencia oscilaba entre buscar inspiración para crear diseños y responder correos electrónicos con una lógica que, en ese momento, me parecía forzada y artificial. Nada terminaba de encajar.

Entonces, en un acto de apertura que rozaba la osadía, decidí enfrentar la incertidumbre de frente. Con determinación —y quizá con un dejo de desafío— reclamé una señal clara, irrefutable.

—*Si debo creer en esto, dame una señal* —murmuré hacia el silencio.

Fue una súplica lanzada al universo, no como exigencia, sino como un último intento por disipar la duda que me impedía avanzar.

Como era de esperarse, no ocurrió nada de inmediato. No hubo luces, ni voces, ni manifestaciones espectaculares. Debo admitir que sentí una breve emoción inicial, seguida por el sabor tibio de la desilusión, similar a la que se experimenta cuando esperas a alguien con ilusión... y no llega.

Respiré hondo. Volví a mis notas. Retomé el correo que estaba escribiendo y cerré las últimas líneas. Como de costumbre, procedí a firmarlo con mi nombre, el del negocio y, debajo, la dirección:

Beyer Boulevard, Suite...

Por un instante, el teclado pareció no responder. Luego, las letras comenzaron a aparecer una tras otra, lentamente, con un ritmo inusualmente deliberado. De manera sorprendente, el sistema tomó solo algunas letras de la dirección, omitiendo otras, hasta formar una palabra incompleta en la pantalla:

Beleve

Era una versión truncada de *Believe*. Faltaba solo una letra.

La coincidencia me recorrió como un escalofrío. Sin apartar la vista del monitor, llamé a Mony:

—¿Qué significa *Believe*?

Mi esposa, con una emoción contenida pero evidente, respondió sin dudar:

—*Believe* significa “creer”.

La señal que había solicitado había sido entregada.

No con estruendo, sino con precisión.

No desde lo extraordinario, sino desde lo cotidiano.

En ese instante, la sincronía de los acontecimientos, las respuestas cuidadosamente dosificadas y la sutileza del mensaje comenzaron a trazar un sendero claro en mi interior. No se trataba de eliminar las dudas, sino de atravesarlas.

A pesar de los temores y la incertidumbre, decidimos abrazar la revelación que se desplegaba ante nosotros, sin necesidad de comprenderla por completo.

Cada nuevo capítulo de este misterio nos alejaba un poco más de lo ordinario y nos sumergía en una realidad que desafiaba la lógica tradicional. Con una esperanza serena, nos adentramos en lo desconocido, confiando en que aquel viaje tenía un propósito más allá de la comprensión terrenal.

Esta experiencia me recordó que el mundo es mucho más vasto de lo que los sentidos alcanzan a percibir y de lo que la razón puede explicar. Con cada latido, me internaba más en el misterio que había nacido de un sueño y que, sin pedir permiso, comenzaba a tejerse en la trama misma de nuestra realidad.

